

Pequeña antología de Arturo Tondero

Traidor

Siento extraña la tierra
que fue para mis muertos
el único lindero concebible.
Qué viento es este
que contra el rostro afila su cuchillo.
El campo, sus olores,
todo es ajeno a mí.
Sólo vengo a cambiar
la piel de mis problemas,
no a exponer los sentidos
al clima y su amenaza.
Si mi abuelo labrase aquí
delante, con mi edad,
curtido, sudoroso,
cómo reconocernos,
qué recelo feroz,
qué lejos me han traído
los años y los libros,
esta paz mentirosa.

(De *Adelántate a toda despedida*, Editorial Pre-Textos, 2005).

Atapuerca

Debajo de la piedra, donde hay más piedra fósil
y aire fósil y fósiles leyendas, debajo
de la leña, del musgo y las raíces,
más allá del incienso, de la cera
que alumbraron la cueva desde un cráneo,

detrás de donde el aire quedó enredado en ova,
de donde la humedad se desligó del río
y exhaló el alma la roca y quedó fría,

detrás, donde el silencio quedó dormido en capas
hasta igualarse al éter que separa los mundos,

sin testigos, debajo de la lava
y de los seres ciegos,

donde ya son astrales los pasos de la ardilla,
los pasos de la lluvia, los pasos de la llama,

en ese oscuro lecho donde el imaginar
a duras penas llega, allí los restos
de aquel hombre primero que anduvo y que pensó,

allí el pozo insondable de sus dudas.

(De *La memoria del visionario*, Visor Libros, 2006).

Cuarenta años

Cerca de la autovía
un coche se demora en un sendero,
entre cultivos, bajo la mañana
desgreñada y fría de noviembre.
Paso ante él como una exhalación,
camino del trabajo. Y sin embargo
ahí sigue en mi cabeza
su lentitud, su calma,
su vivir en el margen de esta prisa.
Es como si al volante de ese coche
viajara la persona
que siempre quise ser y no he podido.
Desde ahí cómo se verá mi vida.

(De *Cosas que apenas pasan*, Ediciones Hiperión, 2008).

Stand by

Es medianoche y bajo a la cocina
a cumplir con el rito
de beber agua a sorbos
cuando voy a dormirme.

Hay silencio en la casa y una penumbra suave
donde sólo destaca, muy rojo, el *stand by*
de un reloj que mi madre,
con aquel entusiasmo anárquico tan suyo,
me regaló hace décadas.

No es que entonces me hiciera
una ilusión tremenda:
lo arrumbé en la cocina.

Unas veces lo enchufo y otras no.

En noches como esta, no le hace falta enchufe:
persevera enviando
noticia de la hora
a la vajilla sucia, al frigorífico,
a la desangelada mesa.

Cuando bajo, me atrae,
igual que un corazón palpitando sin cuerpo,
como un faro que envía
noticia de la hora
a los barcos hundidos.

(De *Alguien queda*, Editorial Renacimiento, 2013).

Partir el pan

Estoy viendo a mi abuelo: en una mano el pan,
con la otra, solemne, guiando la navaja,

humilde maquinaria que fascina a los niños
y aviva en sus pupilas las chispas de la fragua.

En el mismo lugar, sobre el mantel a cuadros,
mi padre está cortando la hogaza contra el pecho
con leve forcejeo como de leñador,
y en cada rebanada oigo el pan y lo huelo.

Sus sombras se apagaron. Sin embargo sus voces
crepitan todavía en el chisporroteo
de la lumbre que aún nos sigue calentando.

Qué orgullosa mi madre de ver a todos juntos,
todos los que convoca este sencillo gesto,
este cortar el pan con mis manos de padre.

(De *El otro ser*, Ediciones de La Isla de Siltolá, 2018).

Caldofrán

A menudo se oía:
«No queda caldofrán», y alguien se echaba
un chal sobre los hombros
y salía a buscarlo
como si fuera el último ingrediente
de un hechizo.

Yo era un niño aprendiendo las palabras.

Y, con ellas, el mundo
se iba adensando en mí
conforme el caldofrán se desleía
en sucesivos guisos.

Por eso, cuando ahora
murmuro «caldofrán»,
la vida rebobina,
me veo andando a gatas
en baldosas marrones,

se escucha cómo bulle
cocido en el puchero,
siento el aire que mueve
mi abuela al desplazarse.
Casi puedo tocarla.

En la sala de estar cose mi tía.
Con solo hablar de ella,
me veo ya sentado
en mi trona, mirándola:
«cuidado con el nene,
no vaya a tragarse alguna aguja
que van luego derechas a la sangre

y de ahí al corazón».

Nos vamos apagando en un silencio
de higuera y de penumbra,
apenas nos sostiene
el viejo aburrimiento de un reloj.

No encenderán la lámpara
hasta que no seamos
lo que somos ahora:
bultos casi invisibles,
sombras, sueños.

Seguramente sí
que me tragué una aguja
y cada vez que digo «caldofrán»
me noto la punzada.

(De *El otro ser*, Ediciones de La Isla de Siltolá, 2018).

Cuando te acuestas

Me gustas cuando, duchado,
repeinado ante la leche,
te resbala el colacao
por la risa, entre los dientes.

Cuando te vas a la cama
y olvido trozos del cuento,
cómo me los vas sacando
mientras lucho contra el sueño.

Y qué placer cuando, luego
de “este cuento se ha acabado”,
me rechupas con un beso
y te me quedas mirando.

Apago la luz, me voy
pero tus ojos no apago
que siguen ahí encendidos,
brillantes, alucinados.

Y cuando, al cabo de un rato
me acerco para arroparte,
me parece que, dormido,
entre las sábanas, saltes,
metido en el cuento, amigo
de todos los personajes.

Entonces me gustaría
seguirte para ayudarte
pero no puedo ir tan lejos

porque solo soy tu padre.

(De *El principio del vuelo*, Editorial Páramo, 2022).

La eternidad

Parece

más grande

cuando eres pequeño.

Cuando te haces

adulto,

se reduce a la nada

pero aún da

más miedo.

(De *El principio del vuelo*, Editorial Páramo, 2022).